

FICHA 3

El camino al hermano: la parábola del buen samaritano

Lc 10, 25 - 37



1. Leamos la Palabra de Dios



1.1. Proclamamos la Palabra

Iniciamos el encuentro con un canto y la oración inicial.

Con voz clara y fuerte se proclama la Palabra de Dios: san Lucas 10, 25-37.

Cada uno vuelve a tomar el texto bíblico. Lo leemos en silencio, escuchando a Dios que habla, y *lo marcamos* con: **a)** el *signo de interrogación* cuando no entiendo alguna palabra, frase o acontecimiento, y **b)** *subrayo* aquello que estimo que es el tema central.



1.2. *Compartamos la vida*

a

Frente al dolor de nuestros hermanos lejanos: ¿cuáles fueron nuestras primeras reacciones frente a tragedias como el terrorismo en Estados Unidos (las Torres Gemelas) y en España (los trenes en Madrid)?

b

Frente al dolor de nuestros hermanos cercanos: ¿cómo vivo la desgracia de un pariente, de un amigo, de un vecino...?

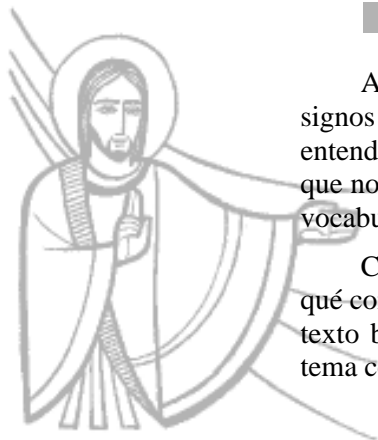
c

¿Vivimos en una sociedad que tiende a la misericordia y a la compasión o a la soledad y a la indiferencia?, ¿en qué se nota?, ¿por qué será así?



1.3. *Escuchamos a Dios*

A. *LOS SIGNOS...*



Ahora es el momento de poner en común los signos de interrogación: ¿por qué los hice?, ¿qué no entendí? Unos a otros nos ayudamos a explicar lo que no se comprende. Podemos ver las notas y los vocabularios de las diversas versiones de la Biblia.

Compartamos ahora lo que subrayamos: ¿por qué considero que es el tema o mensaje central del texto bíblico? Nos ponemos de acuerdo sobre el tema central y lo expresamos en pocas palabras.

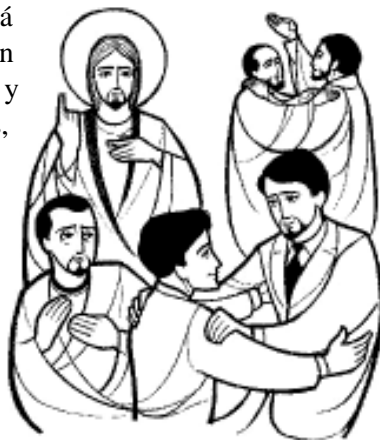
B. EL MENSAJE...

- a** Jesús está acostumbrado a que lo pongan a prueba quienes no lo aceptan como Mesías. Él ya sabe que cuando un maestro de la ley pregunta sobre la vida eterna es “para tenderle una trampa” (10,25). También sabe que el maestro de la ley conoce la respuesta a su pregunta. Por eso lo invita a responder: “¿Qué está escrito en la ley, es decir, en aquello que tú bien conoces?” (10,26). El maestro responde muy bien (10,28).

Jesús, que viene a perfeccionar la ley, nos enseña que el amor a Dios con todo el ser (Dt 6,5) y el amor al prójimo como a uno mismo (Lv 19,18) es el camino a la plena comunión de vida con Dios. ¡Y esto es la vida eterna! La *vida eterna* consiste “en que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado”.

- b** El maestro de la ley se da cuenta que está quedando mal parado en la discusión con Jesús. Él es el experto en la ley mosaica y en sus tradiciones y, sin embargo, Jesús, un hombre sin estudios y de un pueblo sin importancia (Jn 1,46), lo somete a interrogatorio delante de todos y aprueba su respuesta. Además le ordena lo que debe hacer: «¡Haz eso y vivirás!» (10,28).

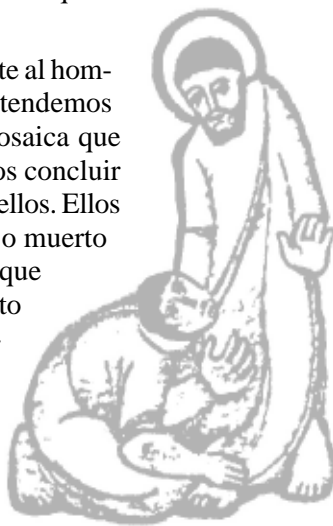
Frente a la gente que escucha esta conversación, el maestro trata de recuperar el terreno perdido con una nueva pregunta: «¿Y quién es mi prójimo?» (10,29). Jesús sabe -como la pregunta anterior- que el maestro conoce la respuesta, pues está en la ley (Lv 19,13.16-18). Sin embargo, para enseñarle quién es el prójimo y en qué consiste amarlo como a uno mismo le cuenta una de las parábolas más hermosas del *Nuevo Testamento*: la parábola del buen samaritano.



C Jesús sitúa a los cuatro personajes de la parábola en un camino muy peligroso entre dos grandes ciudades de ese tiempo: el que va de Jerusalén a Jericó (10,30). Jericó era una importante aduana distante unos 30 km. de Jerusalén. En esa ruta había muchos asaltos a los comerciantes que llevaban sus productos a la capital o volvían con el dinero de sus ventas. No era extraño que un hombre fuera asaltado y dejado por muerto. Efectivamente así ocurre (10,30).

Por ese mismo camino pasa un sacerdote y luego un levita que, viendo al hombre herido, se desvían y siguen su camino (10,31-32). Ninguna otra cosa nos dice Jesús acerca de estos dos hombres. Sin embargo, podemos suponer por qué transitan por allí. Se trata de hombres consagrados a Dios que les corresponde por turno ejercer el culto en el templo de Jerusalén (1,8-9). Es probable que vinieran del templo después de hacer sus oraciones, sacrificar los animales del culto y ofrecer el incienso. Terminado su turno, volvían a Jericó donde vivían en una de las aldeas sacerdotales que allí existían. Volvían a sus casas (1,23), por tanto, con una *intensa conciencia de santidad*: se saben purificados por los estrictos ritos de purificación y por el culto que acababan de dar al Dios santo de Israel.

El sacerdote y el levita pasan de largo frente al hombre ensangrentado y medio muerto. Si entendemos sus disposiciones y conocemos la ley mosaica que rige al personal dedicado al culto debemos concluir que hacen exactamente lo que se espera de ellos. Ellos no pueden acercarse a un hombre herido o muerto (Lv 21,11; ver Eclo 34,25), porque tienen que estar puros para Dios y no profanar su santo nombre (Lv 21,6; Ez 44,25). En ellos prevalece -y no por mala intención- la necesidad de mantener su condición de hombres purificados y para esto no pueden mancharse tomando a un hombre ensangrentado medio muerto.





d Jesús introduce al cuarto personaje de la parábola: un samaritano. Tampoco nos dice por qué pasaba por ese camino, pero nos da algunos detalles que nos permiten deducir que se trata de un comerciante: lleva vino y aceite, tiene dinero, conoce posadas, promete pasar de nuevo... (10,34-35). Si el samaritano es en realidad un comerciante no sólo sería despreciado por ser de un pueblo extranjero (Jn 8,48), sino también por el oficio que ejerce que lo lleva a viajar por tierras extranjeras, usar monedas de otros países con la imagen idólatra de gobernantes y dioses, y dejar largo tiempo a su familia abandonada (ver Prov 7,18-20). En la época de Jesús, el comercio entre los judíos lo ejercían los esclavos de más confianza (Mt 25,14-30).

Al maestro de la ley, Jesús le hace ver de quien menos se espera ayuda por ser despreciado por su origen y su oficio se conmueve entrañablemente (10,33: “se le revolvieron las entrañas”) ante la trágica situación del herido, poniendo todo lo que está de su parte para devolverle la vida: lo cura, lo conduce a una posada, lo cuida y promete regresar a verlo.

e La parábola no ha terminado. Queda una pregunta por responder. Como antes (10,26), Jesús le devuelve la pregunta al maestro de la ley. Sin embargo, preguntaba: “¿Quién es mi prójimo?” (10,29), es decir, “¿quién se acerca a mí haciéndose mi prójimo o próximo?”, Jesús le pregunta: “¿Quién te parece que se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?” (10,36), es decir, “¿quién de la parábola se acercó al herido haciéndose su prójimo o próximo?”.

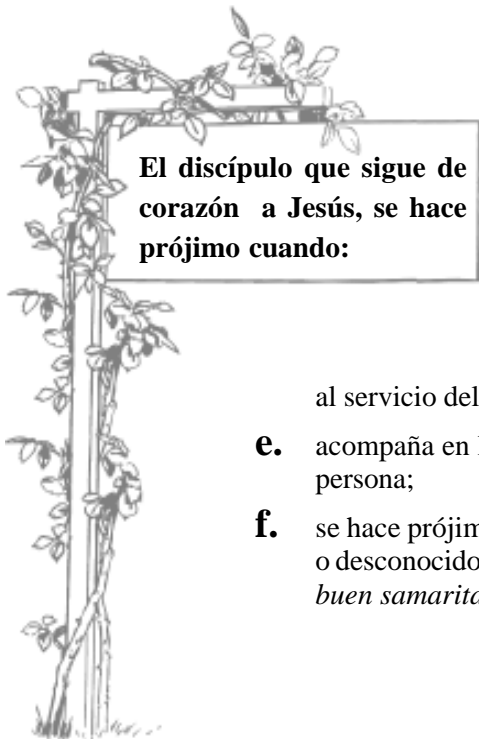
“Prójimo” no es el desvalido que se acerca a uno. “Prójimo” es todo aquel que sale de sus normas y costumbres, de su egoísmo y despreocupación y se acerca a los malheridos que van quedando a orillas del camino de la historia.

Del sacerdote y del levita se esperaba que conservaran como preciado tesoro la pureza ritual de la que gozaban por su oficio en el templo de Jerusalén; por esto evitan el contacto con el hombre ensangrentado y casi muerto. Del samaritano se esperaba que hiciera lo mismo, pero por



otros motivos: pertenecía a un pueblo idólatra y despreciable, enemigo del pueblo judío. Lo que sorprende profundamente en la enseñanza de Jesús no es que el sacerdote y el levita no atendieran al herido ya que esto tenía que ser así según la ley del culto, sino que fuera un samaritano (despreciado por su origen) y comerciante (despreciado por su oficio) quien lo atendiera y cuidara, haciéndose prójimo del desvalido.

f **J**esús lleva a cumplimiento la ley y los profetas (Mt 5,17) en el amor a Dios y a los desvalidos (Lc 10,27; ver Jn 1,17). Por lo mismo, ¡el modelo a imitar no es el sacerdote ni el levita, sino el despreciado samaritano! Éste alcanzará la vida eterna porque supo poner en el centro de su atención al desvalido, cumpliendo así toda la ley e imitando al Padre de Jesucristo (Lc 6,36), rico en compasión (Nm 14,18-19; Sal 103,8-10), quien prefiere la misericordia a los sacrificios, el conocimiento de Dios a los holocaustos (Os 6,6).



El discípulo que sigue de corazón a Jesús, se hace prójimo cuando:

- a.** Se asombra y compadece ante el dolor del hermano;
- b.** se libera de prejuicios para acercarse al necesitado;
- c.** respeta y se preocupa de toda persona por su condición de hijo de Dios y miembro de la humanidad;
- d.** pone su tiempo y sus bienes al servicio del malherido como signo de la donación;
- e.** acompaña en la curación *como signo* de que importa la persona;
- f.** se hace prójimo no por intereses mezquinos (conocidos o desconocidos), sino por vivir la *ley de Cristo* (Gál 6,2), *buen samaritano*, imitándolo de corazón (Fil 2,5).

2. Meditamos el mensaje y la vida



2.1. Los signos...

A la luz de lo compartido,
volvamos a leer el texto bíblico.

Nos quedamos un rato en silencio, escuchando a Dios,
y *marcamos el texto* con: **a)** un *signo exclamación* (!) cuando
el mensaje de Dios interpela mi vida, **b)** un *asterisco* (*) cuando
me mueve a orar (pedir, dar gracias, alabar...),
y **c)** una *palabra al margen* de mi Biblia
que me indique un cambio de conducta.

2.2. La meditación...

Pongamos fraternalmente en común el *signo de exclamación*: ¿por qué
ese acontecimiento o palabra del texto bíblico interpela hoy mi vida?

Luego, meditemos a la luz de algunas de las siguientes preguntas, cuál
es el mensaje de Dios para nuestra vida:

- ***Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del sacerdote y del levita:***
 - ¿Qué prejuicios nos impiden hacernos prójimos de los desvalidos? (Se puede leer la Carta de Santiago 2,1-13).
 - ¿Puede el sólo cumplimiento de ritos y leyes alejarnos de los otros?, ¿cuándo?
 - ¿Cuáles son los signos de una auténtica práctica de nuestra fe?
- ***Teniendo en cuenta la conducta y sentimientos del samaritano:***
 - El samaritano es imagen de Jesús, buen samaritano y, por tanto, un modelo a imitar: ¿qué me falta para ser como Jesús, buen samaritano?
 - ¿Qué nos enseña Jesús respecto a “ser compasivo” con nuestro prójimo?
 - En nuestra familia o comunidad, ¿nos cuesta “hacernos buenos samaritanos” con los demás?, ¿por qué sí o por qué no?



3. Oramos el mensaje y la vida

Nos detenemos ahora en las palabras o frases marcadas con *asteriscos* (*), que nos mueven a la oración. Asumiendo lo meditado y teniendo en cuenta nuestra vida personal y comunitaria, con sus necesidades y esperanzas, oramos alabando al Señor, pidiendo lo que necesitamos, dando gracias...

Nos puede ayudar a orar el *Salmo 133* (132):

“¡Qué agradable es que los hermanos vivan unidos!”

4. Practicamos la Palabra

Revisemos ahora las palabras que pusimos al *margen de nuestro texto* para indicar acciones que el Señor nos está pidiendo. Compartamos por qué escribimos esa palabra explicando cuál será nuestro compromiso.

Terminamos el *Encuentro* con una oración y un canto, y -si se estima conveniente- un momento de convivencia compartiendo la mesa en familia o comunidad.